



D. JULIO CASARES

Don Julio Casares (1877 - 1964)

Señores Académicos :

El 25 de junio, en la última reunión del curso pasado, hube de leer el escrito en que nuestro Secretario, don Julio Casares, daba las gracias a cuantos nos habíamos interesado por su salud. En aquellas líneas, llenas de optimismo, mostraba su noble apego a la vida quien se sentía aún capaz de hacer más productivos los talentos confiados por su Señor. Apenas iniciada una aparente mejoría, nos manifestaba su esperanza de volver pronto a acompañarnos en nuestras tareas. Dios lo dispuso de otro modo, y hoy me toca rendir a don Julio, en nombre de la Academia, el tributo de nuestro dolorido recuerdo. Mi único título es haber trabajado junto a él durante los últimos años. Tal vez por eso nuestro Director me ha honrado con la encomienda que ahora trato de cumplir.

Grave pérdida ha sido para nosotros la de don Julio Casares. Pocas veces se dará tan ejemplar unión de dotes excepcionales y de abnegada entrega. Poseía extraordinaria claridad mental, rápida y certera intuición, curiosidad que le hacía interesarse por cuantas novedades aparecían en los más diversos campos. Su inteligencia aguda y viva nunca perdía de vista la realidad, y su

sentido práctico le hacía encontrar la solución adecuada para responder a las circunstancias de cada momento; de ahí su capacidad organizadora, empujada por una voluntad enérgica y flexible a la vez. La actividad toda de este hombre estaba puesta al servicio de la lengua española y de la Academia. Cascada la voz, duro el oído y arrastrando los pies, seguía viniendo a nuestras juntas para traer papeletas de voces y acepciones que debían aprobarse por ser de uso general, o testimonios andaluces para centenares de vocablos tenidos por americanismos exclusivos. Imprimía ritmo ágil a los trabajos de la Comisión. Y luego en su despacho retocaba las definiciones aprobadas para ajustarlas a las normas establecidas, contestaba las innumerables consultas que se recibían de fuera, y preparaba la futura edición del Diccionario en jornadas de siete horas, incluso durante su última enfermedad.

Estas dotes de tesón y eficacia se mantuvieron a lo largo de una dilatada vida con el acicate de fecundas dificultades. Hijo de familia numerosa y no adinerada, hubo de abrirse camino con su esfuerzo personal. Gustaba de recordar su infancia granadina, cuando el ser niño prodigio del violín no le quitaba destreza en el deporte de "hacer panes", consistente según su propia definición en "lanzar una piedra plana a ras de la superficie del agua para que al chocar en ella rebote y salga dando saltos, cuantos más, mejor". Con más insistencia solía evocar los años de su primera juventud pasados en Madrid, donde seguía cursos universitarios de Derecho al tiempo que se perfeccionaba en el violín con el maestro José del Hierro y estudiaba música de cámara con Casals y Bordas por compañeros. Aún sacaba horas para aprender alemán e inglés o para ejercitarse en ebanistería asistiendo a una Escuela de Artes y Oficios. A los dieciocho o diecinueve años, en 1896, formaba parte de la orquesta del Teatro Real, que estrenó entonces *El buque fantasma* wagneriano. Poco después la música

dejó de ser su profesión, pero continuó proporcionándole goce como oyente, intérprete y compositor. Hacia 1954, no recuerdo bien la fecha, fue la primera audición pública de un cuarteto suyo que desarrollaba, con notable dominio técnico, temas de canción popular ligados a sus vivencias juveniles.

La vocación decisiva, la que hizo descubrir a Casares sus dotes mejores, surgió al ganar en el Ministerio de Estado unas oposiciones para "joven de lenguas", como entonces se llamaba a quienes las aprendían para iniciarse en la carrera diplomática. Enviado a París para estudiar lenguas orientales, estuvo luego en el Japón como funcionario de la legación española. Vuelto a España, ganó el puesto de traductor de idiomas escandinavos en la Interpretación de Lenguas, organismo cuya jefatura desempeñó desde 1915. Aunque renunciara así a la diplomacia, tuvo muy brillante actuación como delegado español en la Sociedad de Naciones a partir de 1921. El mayor de sus éxitos fue lograr que se concertara el tratado internacional —conocido por su nombre— sobre prohibición de estupefacientes.

En el mundo de las letras, Casares se dio a conocer en lides literarias antes que como lingüista. En 1914 la aparición de su *Crítica profana* fue una irrupción sonada. Aunque por su edad pertenecía a la misma generación que los hombres del 98, estaba muy lejos de compartir sus gustos, actitudes y puntos de vista. Quien estudiaba lenguas para establecer con rigor paralelos y divergencias conceptuales entre palabras de una y otra, difícilmente podía transigir con la "méprise" aconsejada por Verlaine en la elección de vocablos. Las evocaciones imprecisas puestas en juego por los decadentes y simbolistas franceses y por los modernistas del mundo hispánico le resultaban sospechosas. Al purista le hería el extranjerismo evitable; al hombre arraigado en la ética heredada, la estética amoral de las *Sonatas* valleinclanescas; al conservador, los arrebatos iconoclastas del

joven Azorín. Esta serie de polaridades opuestas le inclinaba a la polémica dura más que al acercamiento; pero el severo censor no operaba con partidismo ciego, sino apoyado en sólida formación lingüística y extensas lecturas literarias nacionales y extranjeras. Si las diferencias ideológicas afilan a veces su pluma, las afinidades no la embotan con elogios de lo artísticamente malogrado. No silencia la verbosidad, el arcaísmo inoportuno o la irrealidad de personajes que advierte en las novelas de Ricardo León, ni tiene para sus galicismos indulgencia mayor que para los de Valle-Inclán o Azorín. Y no se cierra en sistemática negación de valores: los reconoce muy altos al Valle-Inclán de *Flor de Santidad* y *La guerra carlista*, o al Azorín que descubre la íntima poesía de las cosas y la profunda sensación del tiempo. Algo semejante ocurre con los artículos reunidos en *Índice de lecturas*, segundo tomo de *Crítica efímera* (1919): no comprende el enfoque novedoso ni la metáfora sorprendente de que hace gala Ortega y Gasset en su *Meditaciones del Quijote*; le desconcierta la lírica inaugurada por Juan Ramón Jiménez en el *Diario de un poeta recién casado*; en cambio saborea la prosa sensorial y exquisita de Miró o el refinado intelectualismo de Pérez de Ayala. Ante Unamuno, si repudia *Niebla*, *Amor y pedagogía*, *Abel Sánchez* y otras novelas, no regatea elogios a *Nada menos que todo un hombre*, y respeta la agónica distensión que palpita en *Del sentimiento trágico de la vida*. En la crítica de Casares nunca falta el humor, ora incisivo, ora indulgente. El ingreso de Fernández Flórez en la Academia (1945) le dio ocasión para disertar agudamente sobre el humorismo y sus diversas manifestaciones. Y el centenario de Cervantes motivó la conferencia *Las tres edades del "Quijote"*, donde jalona los distintos modos de enfrentarse con la obra de nuestro máximo humorista los espíritus más señalados de cada época y país.

Traductor de dieciocho idiomas, Casares no era sólo

un extraordinario truchimán. Le interesaba el fenómeno general del lenguaje y había estudiado sus aspectos psicológicos en Wundt y otros tratadistas. Le interesaban las lenguas como reflejo de peculiares estilos de vida y privativas concepciones del mundo. Sabía que en cada una de la secular creación colectiva había puesto "el viejo mundo en orden suyo y nuevo", como diríamos aplicando el verso de Machado. Desde muy pronto, incitado sin duda por sus actividades de traductor, concibió la presentación del léxico español clasificado por esferas de significación. Cuando en 1921 leyó su discurso de ingreso en la Academia, ofreció el proyecto a la Corporación y tuvo la amargura de verlo rechazado en el discurso de respuesta por el Director, que entonces era don Antonio Maura. Tal vez el nuevo académico, entusiasmado con lo que proponía, había combatido con exceso los absurdos de la ordenación alfabética, insustituible para manejar un diccionario, aunque solo fuese en índices de referencia; tal vez Maura no se percató de que el proyecto esbozado era fruto de largas meditaciones sobre las posibilidades de llevarlo a cabo; acaso pesara también en su negativa la resistencia a abandonar el método habitual y seguro por el insólito y aventurado. Como quiera que fuese, aquella repulsa, tan clara como cortés y en ocasión tan solemne, hubiera hecho desistir a quien no tuviese la voluntad de Casares. Convencido de que su proyecto era realizable, y ansioso —nos dice— de proclamar ante los incrédulos un día su "Vive Dios, que pudo ser", lo consiguió a costa de tenacidad y esfuerzo sostenidos a lo largo de veinte años. No se dejó amilanar por dificultades editoriales ni por la desaparición de sus ficheros, destruidos por la revolución en 1936. Así lanzó en 1942 el *Diccionario ideológico de la lengua española*, donde la ordenación del vocabulario por analogías de significación se logró sin detrimento de la fácil consulta. La serie alfabética tradicional, enriquecida y con definiciones revisadas es el complemento

de la clasificación ideológica. Cada palabra figura agrupada con sus sinónimos, antónimos y demás vocablos que pertenecen a la misma esfera de conceptos o actividades; pero también figura con todas sus acepciones dentro del orden alfabético general, con remisión al grupo ideológico correspondiente. Por primera vez la totalidad del vocabulario español aparecía como un cosmos ordenado, a disposición de quienes quisieran indagar su organización interna, su peculiar estructura, su "forma interior", en la terminología humboldtiana. Cumplía así Casares uno de los postulados de la lexicografía y semántica actuales, que desde Trier y von Wartburg hasta Ullmann y Matoré, preconizan el estudio de las palabras por campos de significación. Según von Wartburg el libro fue para los romanistas "una venturosa sorpresa". "Representaba —añade— la iniciación de un nuevo rumbo en cuanto a la manera de concebir el significado y las posibilidades de aplicación del diccionario. La importancia de un libro como éste para la educación lingüística de un país es cosa que nunca podrá ponderarse debidamente. Se trata de la primera obra que presenta el caudal léxico de una lengua viva en toda su plenitud a partir de una concepción de conjunto, y tiene por lo tanto el valor de una piedra miliar en la historia de la lexicografía".

El corte transversal, sincrónico, dado al vocabulario español por la clasificación ideológica necesitaba complementarse con el corte longitudinal, diacrónico. Junto al diccionario analógico se echaba de menor el histórico. La Academia lo había planeado en 1914 y tras el imprescindible acopio de materiales había publicado en 1933 y 1936 los dos primeros tomos, con participación de Casares en uno de ellos. A fines de 1936 el incendio de la imprenta de Hernando, provocado por un bombardeo, destruyó las existencias de los dos volúmenes. Años después Casares concibió el proyecto de un Diccionario histórico más exigente y ambicioso, para cuya realización fue

creado en 1947 el Seminario de Lexicografía. No me incumbe hablar aquí de las vicisitudes y obstáculos que este organismo auxiliar ha tenido que vencer; ni a mí, sino a vosotros, corresponde juzgar la labor cumplida hasta ahora. Sí debo decir que don Julio no sólo trazó las líneas generales del nuevo diccionario, sino que formó personalmente a sus primeros colaboradores y estudió con ellos punto por punto las normas de redacción, la disposición de los artículos, el sistema de citas, la presentación gráfica. Fijadas las directrices, nunca nos faltó su consejo, su estímulo y en muchas ocasiones su decisión resolutoria. De ahí nuestra actual sensación de desamparo.

La preparación de su equipo y el diseño de lo que había de ser la obra dieron lugar a sendos estudios que abarcan en su totalidad los problemas de la lexicografía práctica. A ellos se añadió, con motivo de un coloquio organizado por Ortega y Gasset en el primer curso de su Instituto de Humanidades, una monografía sobre la locución, la frase proverbial, el refrán y el modismo. Con su mente lúcida Casares deslindó los distintos tipos de agrupaciones verbales existentes en el dominio, antes tan confuso, de la fraseología, y analizó los caracteres, funciones y problemas de cada uno. El conocimiento científico del idioma contaba con un capítulo nuevo. Los tres estudios, agrupados con el título de *Introducción a la Lexicografía moderna* en 1950, son vademécum indispensable para todo el que tiene que habérselas con los saberes y artes de la palabra. De su utilidad habla el hecho de haber sido traducida al ruso en 1958.

Quedan por mencionar los muchos estudios breves reunidos en *Divertimientos filológicos* (primer volumen de *Crítica efímera*, 1918) y en *Cosas del lenguaje* (1943), o agrupados en tomo con el *Nuevo concepto del Diccionario de la lengua* (1941) o con *El humorismo y otros ensayos* (1961). Abarcan desde monografías de consumada técnica hasta el volandero artículo de pe-

riódico, y desde las etimologías de *bogavante* u *oncejo*, la semántica de *alinde* o la sintaxis de la pasiva refleja hasta la tan debatida reforma ortográfica. En la prensa diaria la labor difusora mantenida por Casares fue de gran eficacia. Gracias a ella llegó al público culto la censura de incorrecciones y la crítica de neologismos, con galanura, hija de su natural gracejo andaluz, que hacía tolerables las lecciones. Mientras Casares ejerció su magisterio en los periódicos, la Academia no quedó aislada de los hispanohablantes repartidos por dos mundos. Bien reciente está el eco obtenido por la serie de artículos *La Academia Española trabaja*. Eran la fe de vida de la Academia. Probaban que la corporación no permanecía al margen de las incitaciones y exigencias del mundo actual; revelaban, por último, un criterio comprensivo frente a la realidad lingüística del momento. Esta mayor abertura fue en gran parte impulsada por el mismo Casares. El purista de antaño, sin renunciar a la defensa de la voz castiza, se inclinó ante el hecho consumado del uso triunfante. En cuanto a los americanismos, su inteligente política acogedora hizo que el Diccionario vulgar y el Manual sigan siendo válidos para todos los países donde se habla nuestra lengua. Por eso alcanzó en América estimación y prestigio excepcionales, que con ocasión de su muerte se han hecho patentes en muy numerosas y sentidas manifestaciones de duelo.

Aparte de la Secretaría, que desempeñó desde 1936, la actividad de Casares en esta Casa fue continua y fecunda. A su cargo corrieron las *Nuevas normas de prosodia y ortografía* aprobadas definitivamente en 1959; la segunda edición del *Diccionario manual* (1950) y la decimosexta (1939), decimoséptima (1947) y decimoctava (1956) del *Diccionario vulgar*. Le fue encomendada también la preparación de la decimonona, especialmente laboriosa por la gran cantidad de adiciones, enmiendas y otros cambios que la Corporación acordó introducir. A pesar de las dolencias que le aquejaron, dio

cima a lo esencial de su tarea, dejando establecido e imprimiéndose el texto de la futura edición.

Descanse en paz el llorado filólogo, el Secretario ejemplar, el sabio de mirada siempre alerta hacia el mundo circundante, el hombre cordial e ingenioso a quien tanto deben nuestras letras y nuestra Academia. La memoria de nuestros muertos insignes no es para nosotros, a diferencia de Jorge Manrique, compensación suficiente de haberlos perdido; al contrario, cuanto más altas fueron sus excelencias, mayor es el vacío que sentimos. Sírvanos de consuelo pensar que don Julio Casares, tras haber consagrado su vida a estudiar la palabra humana, maravillosa aunque imperfecta y perecedera, gozará perdurablemente la contemplación de la suprema Palabra, creadora y vivificante.

RAFAEL LAPESA.